

lumen. Pero ahora estamos fatigados, recuperémonos con algunas horas de sueño: mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que después dormirá él, y nosotros estaremos de escucha; pues aunque pienso que aquí nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaución.

Dicho esto, se tendió á la larga sobre la hierba; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo más que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á don Rafael, se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oírle, dijo á Lamela:

— Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á descansar.

— No, no, respondió Lamela: ninguna gana tengo de dormir, y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesión, que tendré especial gusto en oírlos contar otra vez.

Así, pues, comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

## LIBRO QUINTO

### CAPÍTULO I

Historia de don Rafael

«Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad, pero mucho más por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo, sin temeridad, asegurar quién fuese. Podía muy bien decir quién era el sujeto de distinción que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiera el ser. Las personas de la clase de mi madre son por lo común tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran más inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algún sustituto por su dinero.

»No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogía de la mano y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba sólo el verme. En fin, yo era su ídolo y la diversión de cuantos venían á casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecía sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mío.

»Dejéronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos la doctrina cristiana. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducía todo mi saber, cuando el marqués de Leganés me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco más ó menos de

mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto, y entonces fué el tiempo en que comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal caballerito estaba tan adelantado como yo, y fuera de eso no parecía haber nacido para las ciencias. Apenas conocía letra del abecedario, sin embargo que hacía quince meses que tenía para esto un preceptor. Los demás maestros sacaban el mismo partido de sus lecciones; de modo que á todos les tenía apurada la paciencia. Es verdad que á ninguno le era lícito castigarle; antes bien á todos les estaba mandado expresamente que le enseñasen sin mortificarle; orden que, unida á la mala disposición del señorito para el estudio, hacía inútil la enseñanza que se le daba.

»Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discípulo sin contravenir á la orden de su padre. Este medio fué azotarme á mí siempre que aquél lo merecía. No me gustó el tal arbitrio, y así me escapé y fuí á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta; pero ella, aunque me quería mucho, tuvo valor para resistir á mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marqués, me volvió á ella inmediatamente, y héteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como éste había observado que su invención había producido buen efecto, prosiguió azotándome en lugar de azotar al señorito; y para que el castigo hiciese más impresión en él, me sacudía de firme; de modo que estaba seguro de pagar diariamente por el joven Leganés, pudiendo yo decir con toda verdad que ninguna letra del alfabeto aprendió el hijo del marqués que no me costase á mí cien azotes. Echen ustedes la cuenta del número á que ascenderían éstos.

»No eran solamente los azotes lo que tenía que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocía, los criados inferiores, hasta los mismos marmitones, me echaban en cara á cada paso mi nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un día huí, después de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenía, el cual podía ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me había favorecido, y creo que no podía tomar otra que le fuese más sensible. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas cuantas pesquisas se hicieron en dos días para saber quién había sido el raterillo. Salí de Madrid y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

»Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad, con dinero, sin sujeción á nadie y dueño de sí mismo! Hice

presto conocimiento con dos mozuelos que me hicieron listo y ayudaron á comer mis cien ducados. Juntéme también con ciertos caballeros de la garra, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo llegué á ser uno de los más ricos caballeros de su orden.

»Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Extremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo, se me ofreció bellísima ocasión de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pie y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos mozos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban en alegre conversación al fresco en un verde prado. Saludélos con mucha cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversación. El de más edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy sencillos.

— »Señor caminante, me dijo el más joven, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos entró un gran deseo de ver el reino de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pie para que nos dure más el dinero y podamos así ver más provincias. ¿Qué le parece á usted?

— »Si yo tuviera tanta plata, le respondí, Dios sabe adónde iría á dar conmigo. Recorrería con él las cuatro partes del mundo. ¡Adónde vamos á parar! ¡Doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo tenéis á bien, hijos míos, añadí, yo os acompañaré hasta la villa de Almoharín, adonde voy á recibir la herencia de un tío mío que murió después de haber vivido allí el espacio de veinte años.

»Respondieronme los dos mozos que tendrían el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, después de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos á Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

»Alojámonos todos en un mesón, pedimos un cuarto y nos dieron uno donde había un armario que se cerraba con llave. Dijimos que se nos dispusiese de cenar, y mientras, propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar una vuelta por el pueblo. Agradóles mucho la proposición; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslo, y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salimos del mesón, fuimos á ver algunas iglesias, y estando en la principal, fingí de pronto que me había ocurrido un negocio de importancia, y así dije:

- »Queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó que dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento.

»Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voime derecho al armario, quebranto la cerradura, registro sus mochilas y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéelos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto, salí prontamente del pueblo y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirían ni harían las inocentes criaturas.

»Púsome este lance en estado de poder caminar con más comodidad. Aunque tenía pocos años, me sentía capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba suficientemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y empecé á hacerme algo más el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando vísporas á grandes voces. Desde luego conocí que era algún sochantre.

- »¡Ánimo, le dije, señor bachiller, y vaya usted adelante, que lo canta de pasmo!

- »Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia y quiero ejercitar la voz.

»De esta manera entramos en conversación, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendría como de veinticuatro á veinticinco años, y como él iba á pie y yo á caballo, de propósito refrenaba la mula para ir á su paso por el gusto de oírle. Hablamos, entre otras cosas, de Toledo.

- »Tengo bien conocida aquella ciudad, me dijo el cantor: he estado en ella muchos años, y tengo allí algunos amigos.

- »Y ¿en qué calle vivía usted?, le interrumpí.

- »En la calle Nueva, respondió, donde vivía con don Vicente de Buena-garra y don Matías del Cordel y otros dos ó tres honrados caballeros. Habítamos y comíamos juntos y lo pasábamos alegremente.

»Sorprendíme al oírle estas palabras, porque los sujetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habían recibido en su nobilísima orden.

- »Señor cantor, exclamé entonces, esos ilustrísimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma calle Nueva.

- »Ya os entiendo, me respondió sonriéndose; eso es decir que entrasteis en la orden tres años después que yo salí de ella.

- »Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí, porque se me puso en la cabeza el viajar y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré más cuando tenga más experiencia.

- »¡Acertado pensamiento!, dijo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razón dejé yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer á un caballero de mi orden cuando menos lo pensaba. Unámonos los dos; caminemos juntos; hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

»Díjome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposición. En el mismo punto granjeó toda mi confianza y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho, contóme su historia y yo le dije mis aventuras. Confíome que venía de Portalegre, de donde le había hecho salir cierto lance malogrado por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el traje de sopista en que le veía. Luego que me informó de todos sus asuntos, determinamos dirigirnos á Mérida á probar fortuna, y ver si podíamos dar allí un golpe maestro y después marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situación. Todo su haber consistía en cinco ó seis ducados y en alguna ropa que llevaba en la mochila; pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho más adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

»Apeámonos en un mesón del arrabal: Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuimos á andar por la ciudad para descubrir terreno y ver si se nos presentaba algún buen lance. Considerábamos muy atentamente cuantos objetos se ofrecían á nuestra vista. Nos parecíamos, como hubiera dicho Homero, á dos milanos que desde lo más alto de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos trajese á la mano alguna ocasión de ejercitar nuestra habilidad, cuando vimos en la calle un caballero bastante canoso, el cual, firme con la espada en la mano, se defendía contra tres que le llevaban á mal traer.

Chocóme infinito la desigualdad del combate, y como soy naturalmente espadachín, acudí corriendo con mi espada á ponerme al lado del caballero, cuyo ejemplo imitó Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres enemigos que tan villanamente le habían acometido.

»Diónos el anciano un millón de gracias. Respondímosle cortésmente que habíamos celebrado en extremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos había proporcionado aquella ocasión de servirle, y le suplicamos que nos confiase el motivo que habían tenido aquellos hombres para querer asesinarle.

— »Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa acción, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Jerónimo Miajadas: soy vecino de esta ciudad, donde vivo de mi hacienda. Uno de los tres asesinos de que ustedes me han librado, está enamorado de mi hija y me la pidió por medio de otro sujeto, y porque no le dí mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano.

— »Y ¿se podrá saber, le repliqué yo, por qué razón negó usted su hija al tal caballero?

— »Vóisela á decir á usted, me respondió. Tenía yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustín, que hace dos meses estaba en Calatrava alojado en casa de Juan Vélez de la Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Vélez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar más y más la unión é intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando, por el cariño que nos teníamos los dos, que yo ratificaría su promesa. Así lo hice, porque apenas volvió Agustín á Mérida y me propuso esta boda, cuando consentí en ella por darle gusto y no desairar su palabra. Envié el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociación porque se le llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir me pidió encarecidamente que no casase á mi hija con otro que con el hijo de su corresponsal. Ofrecíselo así, y este es el motivo por qué se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por instantes estoy esperando al hijo de Juan Vélez de la Membrilla para que sea yerno mío, aunque jamás le he visto á él ni á su padre. Perdonen ustedes si les he cansado con relación tan prolija, lo que no hubiera hecho á no haber querido ustedes mismos saberla.

»Escuchéle con la mayor atención, y adoptando el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hacia el buen viejo, le dije en tono patético:

— »¿Es posible, Sr. Jerónimo Miajadas, que al momento de entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro?

»Estas palabras causaron en el viejo grande admiración, y no fué menor la que produjeron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecía un gran tunante.

— »¿Qué es lo que me dices?, respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú seas el hijo del corresponsal de mi hermano?

— »Sí, señor, le respondí con desembarazo; y abrazándole estrechamente, proseguí diciéndole: Sí, señor, yo soy el dichoso mortal para quien está destinada la amable Florentina; pero antes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del Sr. Agustín vuestro hermano: sería yo el hombre más ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida.

Dicho esto, volví á dar un abrazo al buen Jerónimo, saqué el pañuelo é hice como que me enjugaba las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podía valer aquel embuste, quiso también ayudarme por su parte. Fingióse criado mío, y comenzó á dar pruebas de mayor sentimiento que el que yo había mostrado por la muerte del Sr. Agustín, diciendo muy lastimado:

— »¡Ah, Sr. Jerónimo, y qué pérdida ha tenido usted perdiendo á su querido hermano! Era hombre muy de bien, el fénix de los comerciantes, un mercader desinteresado, mercader de buena fe, mercader de aquellos que no se ven hoy.

»Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo, que lejos de sospechar que le engańábamos, él mismo nos ayudaba á llevar adelante nuestro enredo.

— »Y bien, me preguntó, y ¿por qué no viniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á meter en un mesón? Entre nosotros ya están de más los cumplimientos.

— »Señor, respondió Morales, tomando la palabra por mí, mi vamo es algo ceremonioso; tiene este defecto, y me disculpará que yo se lo afee; fuera de que en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el traje en que le veis. Nos han robado en el camino, y los ladrones nos dejaron despojados de toda la ropa.

— »Dice la verdad este mozo, Sr. de Miajadas, le interrumpí yo: ese es el motivo por qué no me fuí en derechura á vuestra casa. Tenía vergüenza de

presentarme en tan pobre equipaje ante una señorita á quien jamás había visto, y para hacerlo con la decencia que era razón, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava.

— »No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detener-te para servirte de mi casa; y desde aquí mismo quiero que vayas á ser dueño de ella.

»Diciendo esto, él mismo me cogió de la mano para guiarme, y por el camino fuimos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo y que sólo había sentido que me quitasen el retrato de mi amada señorita Florentina. Respondióme el Sr. Jerónimo, sonriéndose, que presto me consolaría de esta pérdida, porque el original valía más que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que sólo contaba diez y seis años y podía pasar por una persona perfecta.

— »Aquí tenéis, me dijo, á la persona que os prometió su tío, mi difunto hermano.

— »¡Ah, señor!, exclamé yo entonces en aire de apasionado, no hay necesidad de decirme que es la amable señorita Florentina. Sus hechiceras facciones están grabadas en mi memoria y mucho más en mi amante corazón. Si el retrato que perdí, y era sólo un bosquejo de sus más que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí, teniendo á la vista el original.

— »Señor, me dijo Florentina, son demasiado lisonjeras vuestras expresiones, y no soy tan vana que crea merecerlas.

— »No hagas caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y ve adelante con esos bellos cumplimientos.

»Diciendo esto, me dejó solo con su hija, y asiendo de la mano á Morales se fué á otro cuarto con él y le dijo:

— »¿Conque al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que también se llevasen todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan?

— »Sí, señor, respondió mi camarada: asaltónos una cuadrilla de bandoleros junto á Castilblanco, y no nos dejó más que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio para equiparnos con la decencia que es razón.

— »Entretanto que vienen esas letras, replicó el anciano sacando un bolsillo y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podréis disponer.

— »¡Jesús, señor!, replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no lo

puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo y quizá me despedirá. ¡Santo Dios!, todavía no le conoce usted bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos á tomar de todas manos; no le gusta, á pesar de sus pocos años, contraer deudas, y antes pedirá limosna que tomar prestado ni un solo maravedí.

— »Tanto mejor, dijo el buen hombre, ahora le estimo mucho más. Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas; eso se deja para los caballeros, los cuales están ya en antigua posesión de contraerlas. Por tanto, yo no quiero estrechar á tu amo, y si le desazona el que le ofrezcan dinero, no se hable más del asunto.

»Diciendo esto, quiso volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo:

— »Tenga usted, señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene grandísima repugnancia en tomar dinero ajeno; pero no desconfío de hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los extraños, y otra es recibirle cuando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia; y sabe muy bien pedir dinero á su padre cuando lo ha menester. Es mozo que, como usted ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

»Con estas y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo, alargó el bolsillo á Morales, y volvió adonde estábamos su hija y yo haciéndonos cumplimientos, con lo que interrumpió nuestra conversación. Informó á su hija de lo muy obligado que me estaba; y sobre esto se desahogó en expresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. No malogré tan favorable ocasión, y le dije que la mayor prueba de agradecimiento que podía darme era el acelerar mi unión con su hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que, á más tardar, dentro de tres días sería esposo de Florentina, y aun añadió que en lugar de los seis mil ducados que había ofrecido por su dote, daría diez mil para manifestarme lo agradecido que estaba al servicio que yo le había hecho.

»Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Jerónimo Miajadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba, sin embargo, algún tanto esta alegría el recelo de que dentro de aquellos tres días podía parecer el verdadero hijo de Juan Vélez de la Membrilla y dar en tierra con nuestra soñada felicidad. El resultado acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

»Llegó al día siguiente á casa del padre de Florentina una especie de aldeano, que traía una maleta: no me hallaba yo en casa á la sazón, pero estaba en ella Morales.

— »Señor, dijo el hombre al buen viejo, soy criado del caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno; quiero decir, del Sr. Pedro de la Membrilla; acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aquí dentro de un momento; yo me he adelantado para avisárselo á su merced.

»Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo y turbó algo á Morales.

»Este señor novio, que era mozo airoso y de los más bien formados, dirigió la palabra al padre de Florentina; pero el buen señor no le dejó acabar su salutación, antes volviéndose á mi compañero, le dijo:

— »Y bien, ¿qué quiere decir esto?

Entonces Morales, á quien ninguna persona del mundo aventajaba en descaro, tomando un aire desembarazado, respondió prontamente al viejo:

— »Señor, esto quiere decir que estos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino real. Conózcolos á entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo del Sr. Juan Vélez de la Membrilla.

»El viejo creyó sin dudar á Morales, y persuadido de que los dos forasteros eran unos bribones, les dijo:

— »Señores, ustedes ya llegan muy tarde, porque hay quien se ha anticipado: el Sr. Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer.

— »Mire usted lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava; sepa que le engañan y que tiene en su casa á un impostor. Mi padre, el Sr. Juan Vélez de la Membrilla, no tiene más hijo que yo.

— »A otro perro con ese hueso, replicó el viejo; yo sé muy bien quién eres tú. ¿No conoces á ese mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino de Calatrava?

— »¿Cómo robar!, repuso Pedro: á no estar en vuestra casa le cortarían las orejas á ese desvergonzado que tiene la insolencia de tratarme de ladrón. Agradézcalo á vuestra presencia, cuyo respeto reprime mi justa ira. Señor, continuó él, vuelvo á deciros que os engañan: yo soy el mozo á quien el señor Agustín su hermano prometió la hija de usted. ¿Quiere que le enseñe todas las cartas que él escribió á mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¿Creerá usted al retrato de Florentina que me envió él poco antes de su muerte?

— »No, replicó el viejo, el retrato no me hará más fuerza que las cartas;

estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo más caritativo que te puedo dar, es que cuanto antes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes.

— »Eso es ya demasiado, interrumpió el ultrajado mozo; no aguantaré jamás que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que me hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sujetos de esta ciudad; voy á buscarlos, y volveré con ellos á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí.

»Dicho esto, se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Jerónimo de Miajadas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer diligencias.

»Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenía todas consigo. Temía las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razón, no dejaría el Sr. Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije:

— »¿Qué tienes, amigo? Parece que tu imaginación está ocupada en grandes cosas.

— »Y ¡cómo que lo está!, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que había pasado, añadiendo al fin: Mira ahora si tenía fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero, según todas las señales, tendrá mal fin, y yo soy de parecer que antes que se descubra el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma del ala que hemos arrancado de este buen pavo.

— »Sr. Morales, le repliqué, no hay que apresurarnos: usted cede fácilmente á las dificultades y hace muy poco honor á don Matías del Cordel y á los demás caballeros de la orden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros, no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las huellas de estos héroes y acreditar que soy digno discípulo de su escuela, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y me obligo á desvanecerle.

— »Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

»Al acabar de hablar Morales, entró Jerónimo de Miajadas y me dijo:

— »Acabo de disponerlo todo para tu boda: esta noche serás ya yerno mío; tu criado te habrá ya contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de